

EL SÉPTIMO CÍRCULO

# EL MUERTO INSEPULTO

por

H. F. M. PRESCOTT



El estilo directo, casi prosaico, en que se refiere esta historia macabra, acentúa singularmente su horror. Una determinada tarde neblinosa no ha dejado ninguna huella en la memoria de Philipson; en esa tarde desapareció su hosco vecino, el granjero Marshall. No hallaron el cadáver, pero la sospecha de un crimen estaba en todas partes, y en los ojos de la viuda de Marshall –joven, disoluta y estúpida, pero tan vívida que Philipson había cedido a la tentación de pintar su relato– se adivinaba una culpa.

# **EL MUERTO INSEPULTO**

H. F. M. Prescott

La autora desea agradecer al Sr. Laurence Housman por su amabilidad de permitir la reproducción de las estrofas de *Un muchacho de Shropshire* que aparecen en el capítulo XV, como asimismo la de todos aquellos, en Charlbury y otros lugares, que la han ayudado con su información, crítica o consejo.

## I

## MARSHALL MUERE

—¡Cierra esa puerta!

La mujer se volvió en el pasillo oscuro y se apoyó contra la puerta, contenta de hallar ese sostén. Tardó un largo rato en hacer girar la llave en la cerradura, porque la mano le temblaba.

—¡Vamos! —gritó el Hombre. A él también le temblaban las rodillas, y el sonido de su propia voz le pareció raro, pero su instinto lo impulsaba a hacer algo, y ya había echado un vistazo a la cocina y a la antecocina, situada más al fondo—. ¡Vamos! Primero tenemos que lavarnos esta sangre de las manos.

Luego se oyó la queja crujiente de la bomba y el borboteo y el salpicar del agua.

Pero la mujer solo pudo llegar hasta el sillón de cretona desteñida, con su almohadón de volados, colocados junto a la chimenea.

—¡Vamos! —volvió a gritar el hombre con voz atemorizada e iracunda—. No te quedes ahí. No tenemos tiempo para histerismos. Lávate esas manos antes de mancharte todo el vestido.

Salió de la antecocina, secándose las manos. Su mirada se posó sobre la mujer acurrucada en el sillón, con el rostro cambiado, demudado, casi podría decirse deshecho, por la conmoción y el miedo. No presentaba un aspecto

muy agradable; desvió los ojos y miró la toalla que estaba usando. Era un lienzo húmedo y sucio y sobre él descargó la aversión que sentía por la mujer.

—¡Bah! —lo arrojó al suelo—. ¿Este trapo inmundo es lo que llamas una toalla? ¡No podría ser de otro modo!

Extrajo un pañuelo amplio, fino y fresco y terminó de secarse las manos con él.

La mujer no se había movido. Lanzando una exclamación, el hombre se acercó y, asiéndola por los hombros, la zamarreó con violencia.

—¡Levántate! ¿No comprendes que se trata de un crimen? ¡Lávate las manos!

Su impulso era gritar, pero recordó a tiempo que debían guardar silencio. No les convenía que algún paseante hablara de haber oído ruidos extraños en la granja de Marshall esa tarde.

La mujer, como pudo, se puso de pie y se arrastró hasta la puerta de la antecocina.

Pero allí se detuvo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Sácalo de allí!

El hombre rio. El pánico de la mujer lo hacía sentirse más valiente.

—¿El revólver? No; primero tienes que limpiarlo. No sé dónde guardas tus cepillos y baldes y cosas. Y habrá que dejar la culata en el agua un rato para que salga todo.

La voz de la mujer se oyó de nuevo en una especie de susurro tembloroso.

—Tienes pegados... mechones de pelo.

—¡Maldita sea! —exclamó él, sintiéndose mal de pronto; en la cocina hacía calor, no se podía respirar, y había un olor fuerte, como si la atmósfera fuera algo más densa que el aire común. Se dirigió hacia la pequeña ventana y descorrió las sucias cortinas de encaje. Sobre el antepecho, un par de plantas marchitas y polvorientas, un desordenado montón de cartas, cuentas y avisos compartían el sitio con las telarañas. Posó la mano sobre el pasador de hierro

y abrió a medias la ventana sobre la tristeza de la tarde. Pero enseguida la cerró de golpe y la sujetó.

—¡Maldición! —dijo—. No me atrevo a dejarla abierta.

Empezó a morderse las uñas. Esto era horrible, horrible. Por un momento, pensó que era tan terrible que no podía ser verdad. Pero era verdad. Una hora, media hora antes hubiera parecido imposible. Pero ahora era verdad.

En ese instante la mujer regresó a la cocina. Había estado llorando y se restregaba los ojos con el revés de la mano en un ademán torpe que terminó debajo de la nariz. Luego hizo una ruidosa aspiración nasal.

El hombre la miró con una aversión mezclada con furia. Lo que tenía de bonito —y no muchos hubieran visto nada de bonito en su rostro extrañamente incoloro— había desaparecido por completo.

«¡Dios mío!, —pensó el hombre—. ¡Haberme metido en este lío por una cosa como esa!».

La mujer sintió que la miraba e intuyó súbitamente algo de lo que él pensaba. Aun en ese momento, cuando nada importaba realmente salvo eso que habían dejado allá en el establo, la mujer no pudo soportar que la mirara así. Apresuradamente trató de arreglarse el pelo y consiguió forzar una grotesca parodia de la expresión que en el cine había oído denominar como «una mirada de amor».

Aunque su esfuerzo era poco oportuno, al hombre no se le escapó su significado.

—¿Intentando parecerme a tu retrato, verdad? —le dijo, riéndosele en la cara.

Era un alivio para ambos pensar, o por lo menos simular que pensaban, en algo relacionado con la época anterior a la última media hora: la media hora que los había separado por completo de todo el pasado ordinario y seguro. La mujer se desató en estridente indignación.

—No estoy intentando nada. Y, aunque quisiera, no lo podría. No se parecía ni un poco a mí; todos lo dijeron. Y

estaba bizca. Y tenía parches azules en la cara –rio histéricamente–. ¡Cachetes azules! Yo no...

–Tenía tu expresión de «ven a mí» bastante parecida, de todos modos –interrumpió él–. En mi opinión, era muy bueno; un buen trabajo. Pero comprendo que no puede esperarse que sepas juzgar el arte –le volvió la espalda–. Si no hubiese sido por ese maldito cuadro –prosiguió, dirigiéndose con rabiosa vehemencia a la esfera pálida e impassible del reloj de péndulo– nunca hubiera venido aquí.

Se sobresaltó al oír la voz enfurecida que lo enrostraba; nunca había visto una riña callejera de mujeres, y la fealdad del espectáculo lo hizo retroceder.

–¡Y bueno, puedes irte! –gritó la mujer–. ¡So... caballero! ¡Anda, huye de todo esto!

Su voz subía de tono con cada palabrota y cada apodo insultante que seguía profiriendo.

El hombre la escuchó un momento, demasiado sorprendido para interrumpirla; luego, asiéndola por los hombros, la volvió a zamarrear hasta que la hizo perder el equilibrio.

–¡Cállate! ¿Entiendes? ¿Quieres que alguien oiga tus alaridos y venga a ver qué pasa?

Esto la hizo callar. La sintió temblar y encogerse. Con un brusco movimiento de cabeza, la mujer miró hacia la ventana y quedó inmóvil, escuchando en silencio. Luego trató de verse libre de las manos que la sujetaban.

–Tú lo hiciste –exclamó, pero en voz más baja–. No fui yo. Yo no tengo nada que ver –repitió esto porque quería creerlo.

El hombre no la soltó, sino que volvió a sacudirla, aunque con menos violencia.

–Cállate. No digas estupideces. Eres lo que se llama encubridora del delito; métete esto bien en la cabeza –la miró un instante, reflexionando–. Es tan grave, prácticamente, como ser... –vaciló ante la palabra que le venía a la mente–, como la cosa en sí.

–No es cierto –dijo la mujer, entre dientes–. No hice nada.

Pero el hombre comprendió que lo había creído.

–Y en Inglaterra ahorcan a las mujeres. No lo olvides –añadió, insistiendo sobre el punto ganado.

La mujer se echó a llorar, ruidosa e inconteniblemente y, en una confusa profusión de palabras, mezcladas con sollozos entrecortados, empezó a reprocharle lo que había hecho.

–¿Para qué tuviste que golpearlo? –le gritó–. Le habías sacado el revólver de la mano. Pero seguiste golpeando y golpeando. ¡Ay!

Calló; el temor al futuro se desvaneció en ese momento ante el cuadro que le volvía a la mente: el viejo caído en el suelo, luchando por levantarse, y luego un golpe tras otro hasta... Con los puños cerrados se cubrió los ojos.

La mente del hombre también revivía ese momento. Y recordó cómo, cuando había dejado apenas de ser un niño, había visto una víbora, la primera que veía en su vida. Era una culebra inofensiva, pero no pensó en eso y la persiguió por el sendero, golpeando y golpeando, presa de un terror pánico acrecentado por el asco y la náusea que sentía al ver al reptil destrozado y moribundo. Y eso mismo había sentido de nuevo, esa tarde, frente al viejo Marshall, horriblemente lastimado, pero que seguía luchando débilmente. No pudo dejar de golpear hasta que la cosa caída a sus pies dejó de moverse.

Pero no iba a confesar ese pánico a nadie y menos aún a la mujer. Buscó una respuesta y solo pudo encontrar una expresión de mofa.

–¡Esposa modelo! –exclamó y consiguió reír forzosamente.

La mujer seguía lloriqueando, pero se serenó tan repentinamente que él la miró sobresaltado. Había vuelto la cabeza tensa sobre el hombro. Estaba escuchando.

—¡Chist! —susurró, aunque no había necesidad, porque él permanecía en silencio y en tensión, escuchando a su vez.

—Esa era la puerta del establo. Alguien entró.

El hombre sintió un nudo en la garganta. Esperaron.

Desde el patio exterior les llegó de nuevo el ruido de una pesada puerta que golpeaba contra el cerrojo. Siguieron a la espera de unos pasos, de un grito.

El ruido se repitió. El hombre respiró jadeante y lanzó una especie de risa rabiosa.

—No puede ser esa puerta. Sé que la dejé bien cerrada. Debe de ser alguna otra, y es el viento lo que la mueve.

—No hay viento —objetó la mujer.

—No puede ser otra cosa —espetó—. Joe ha ido al mercado. Tú misma dijiste que no volvería esta noche.

Escuchó un momento más; luego, enderezando bruscamente los hombros, se dirigió hacia la mesa y se sentó en el desvencijado sillón en el cual, todas las noches y todos los domingos por la tarde, se había sumergido la pequeña, delgada y musculosa persona del granjero Marshall. En ese momento su asesino se hallaba sentado allí, y el granjero no era más que un cuerpo, sumamente molesto y muy desagradable de aspecto, del que había que deshacerse en alguna forma.

La mujer lo interpeló. No le agradaba verlo sentado ahí, enfurruñado y tamborileando con los dedos sobre el brazo del sillón.

—¿Qué vas a hacer? Tenemos que hacer algo rápidamente. No podemos dejarlo ahí en el establo. Cualquiera puede entrar.

El hombre se volvió.

—¡Cállate! Tengo que pensar. De nada sirve apresurarse.

Ya era bastante difícil recurrir a su propio coraje y más aún tener que pensar, y los temores de la mujer lo tornaban más difícil.

—¡Cállate! —exclamó, pero sin gritar tanto. Después de unos minutos volvió a hablar casi para sí mismo—. Es una suerte que hayamos guardado el secreto tanto que nadie sabe que hemos andado... haciendo estupideces juntos.

—Alguien lo sabe... lo sabía.

—¿Quién? ¿Marshall?

La mujer asintió con la cabeza.

—Por eso se quedó hoy. Para pescarnos, el viejo sinvergüenza.

Mientras hablaba miraba fijamente la repisa de la chimenea, como si algo allí explicara sus palabras.

—¿Qué hay? —preguntó el hombre, siguiendo la dirección de su mirada. Al no obtener respuesta, se acercó para ver sí por mismo.

—¡Ah! —dijo y repitió—. ¡Ah!

Permaneció largo rato mirando el fuego. En un momento dado sonrió; pero era una sonrisa demasiado parecida a la mueca de un perro para ser agradable. Cuando por fin se volvió, la mujer dejó de tironearse la ropa y arreglarse el pelo. El rostro del hombre la sorprendió; nunca le había visto esa expresión.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo él, y se lo explicó. Mientras se lo explicaba hasta llegó a reír. Su idea le parecía inteligentísima.

## II

## YORKE GOLPEA A LA VENTANA

Era de noche, una noche húmedamente espesa, cuando Marc Yorke –sus padres habían deletreado su nombre Mark– entró el auto en el garaje de Miller’s Green. El garaje era en realidad un viejo establo y todavía conservaba sus pesebres y la escalera para subir al desván. Como había más lugar que el necesario para el Riley de Yorke, el auto lo compartía con una mezcolanza de cosas menos elegantes y pulidas, tales como las herramientas de jardín, algunos rollos de cuerda y una vieja bicicleta. Algunas veces, la variada colección de cosas ocupaba tanto sitio que Yorke –aunque joven, tenía ya la pasión del orden– se quitaba los guantes de alta calidad, forrados en piel, que usaba para manejar y volvía a arreglar el resbaladizo montón de incalificables objetos, apilándolos con la mayor estabilidad posible.

De modo que en ese momento, cuando hubo detenido el motor y tapado la cubierta con una vieja manta de viaje, permaneció un momento examinando –con visible desagrado– el desorden que reinaba en el viejo establo parcialmente iluminado por el deslumbrante haz de luz de los faros. De la delantera del automóvil se dirigió hacia el espacio que quedaba más allá del radio de los faros, en la penumbra, y recogió unas cuantas viejas bolsas de arriba del desarreglado montón. Las plegó por separado, una

por una, con esmero. Algunas eran viejas y solo servían para preservar cultivos de la helada; pero una estaba entera y nueva. La colocó sobre el montón, luego extrajo una de las viejas y la puso encima. Satisfecho con el arreglo, miró en torno, buscando dónde depositarlas. El pesebre estaba lleno de vainas de guisantes; se estiró y colocó las bolsas sobre uno de los peldaños superiores de la escalera del establo; allí quedarían fuera del paso, pero al alcance de la mano cuando se las necesitara. Apagó los faros, recogió del asiento trasero una cantidad de paquetes y unos cuantos ejemplares de buenos libros, apagó la luz del techo y permaneció un segundo sin moverse hasta que sus ojos se acostumbraron a ver en la débil claridad crepuscular.

La vieja granja de Miller's Green constaba de un edificio largo y bajo en cuyo frente, que databa del final del siglo XVIII, alguno de los propietarios había construido en el siglo XIX uno de esos graciosos, algo fantásticos, frívolos y brightonianos balcones de hierro, muy bonitos en días de sol, pero que en ese momento, en esa tarde triste del mes de febrero, presentaba el aspecto de un deslustrado, desgarrado esqueleto, cubierto, muy inadecuadamente, por una enramada de madreseña mojada y marchita. El sendero que conducía al garaje corría a lo largo del frente de la casa, y cuando Yorke dobló la esquina un difuso resplandor de luz de la ventana del salón iluminaba la grava e irradiaba sobre un vago remolino de lluvia brumosa, proyectando su claridad sobre un empapado cantero de flores y una estrecha tira del triste, anegado césped de invierno. La luz demostraba que Philipson estaba en casa; Philipson jamás se preocupaba de correr las cortinas; las ideas de confort de Philipson eran, en realidad, poco refinadas, y las de orden, inexistentes.

Hacía dos años que él y Yorke explotaban en sociedad un criadero de gallinas y, hasta ese momento, el arreglo, aunque algo pesado a veces, había sido, en general, bas-

tante satisfactorio. Antes no se conocían; la menos pudiente de las tías de Yorke había conocido a un sobrino de un primo de Philipson, eso era todo. Pero Mark Yorke tenía algún dinero, y su familia consideraba que debía ocuparse en algo; Philipson tenía mucho menos dinero; necesitaba ganar más y poseía cierta experiencia del negocio.

El primer encuentro se realizó, por sugerencia de Philipson, en una casa de té de Farley. Cuando la tía de Yorke le había transmitido el mensaje que concertaba la cita, este había levantado las cejas y los hombros.

—¿Se trata de esa clase de tipo? ¡Realmente, tía!

—¿Qué clase? —había contestado la tía vagamente y, como Pilatos, no había aguardado la respuesta. No tenía el menor interés en este proyecto de los padres de Mark ni le importaba en qué categoría debía clasificarse al desconocido señor Philipson—. Supongo que será así... En realidad, lo ignoro. Nunca lo he visto. Pero el mensaje era este: «Tres y media en el Peascod, en la calle Peter Paul».

—¡El Peascod! —gruñó Yorke—. Está bien.

Si lo hubieran instado a que fuera, Yorke se habría negado rotundamente a concurrir a la cita, y el asunto hubiera quedado en nada. Pero la indiferencia de su tía no daba lugar a la terquedad. Fue al Peascod el día convenido, aunque no a las tres y media. No iba a sentarse a esperar en una casa de té, como un imbécil, hasta que el otro apareciera. Por lo tanto, llegó a las cuatro y diez. El señor Philipson, según le informó una muchacha de delantal verde, había reservado una mesa por teléfono, pero aún no había llegado. Yorke se sentó; vería por gusto, a qué hora llegaba el hombre.

Un poco después de las cuatro y media Philipson hizo su aparición. Su aspecto era desaliñado y parecía estar irritado, pero entró sin ninguna prisa, y ni se disculpó.

Si se hubiera disculpado la relación habría terminado ahí; pero había algo tan desmesurado, para el modo de ver de Yorke, en la descortesía del individuo que se sintió

positivamente impresionado. Cuando se separaron esa tarde le había dado su consentimiento para probar lo que según él era «una idea rural de sus padres».

Philipson, que creía haber señalado las cuatro y media como hora de la cita, estaba lejos de imaginar la impresión que había causado. Cuando se instaló con Yorke en Miller's Green no hizo nada por mantenerla, y durante varias semanas el destino de la sociedad colgó de un tenue hilo, porque cada cual se las arreglaba para molestar al otro. Si el desorden de Philipson era exasperante, la insistencia de Yorke sobre la necesidad del orden le parecía a Philipson poco menos que manía de solterona. Yorke despreciaba la absoluta medianía de su socio; Philipson se sulfuraba ante la consciente superioridad de Yorke. «Mocososo engreído», lo llamaba para sus adentros.

Pero después de un tiempo, y a tirones, ambos empezaron a descubrirse mutuamente una cantidad de cosas sorprendentes. Philipson nunca hubiera imaginado que este elegante joven de pelo suavemente ondulado (cuya conversación, cuando no giraba alrededor de *Sir Tal* o *Lady Cual*, versaba sobre *bridge* o literatura o teatro vocacional) tuviera una excelente cabeza para los números y una habilidad mucho mayor que la suya para los negocios; aunque esto, en realidad, no era mucho decir.

El gran descubrimiento de Yorke con relación a su socio fue más asombroso aún y se produjo en forma completamente fortuita. Un comentario casual que hizo Philipson sobre París hubiera podido llevarlo a ello en la primera semana de su convivencia en Miller's Green; pero no fue así. Yorke había levantado las cejas al oír mencionar a París y había preguntado, pero sin desear una respuesta:

—¡Oh! ¿Estuvo usted allí, entonces?

—Una vez... —había empezado a decir Philipson; luego se calló. Su intención había sido explicar: «Una vez pensé instalarme allá». Pero, considerando que su vida pasada